Nunca más.

La soledad dominaba el Nido de Águilas, el hogar ancestral de la casa Arryn. La luz de la Luna iluminaba las aguas en calma de los múltiples jardines de la fortaleza, teñidos de blanco desde hacía ya tiempo.

Solo turbaba la quietud de la noche el rumor de los soldados a los pies de los imponentes muros de la fortaleza y el crepitar de las llamas en el interior de los salones, tratando en vano de mantener un calor que hacía ya mucho que había abandonado aquel lugar en las montañas.

Todos dormían plácidamente en aquel frío pero seguro lugar del Valle.
Todos menos uno solo.
De entre las muchas habitaciones del lugar, una puerta se abrió lentamente, retumbando el crujir de sus bisagras por todo el pasillo.
El restallar de la puerta fue sustituido entonces por el armónico sonido de unos pasos saliendo de ella.
Un, dos, tres...
Derecha, izquierda, derecha...
Y tras esos pasos, Petyr Baelish. Ataviado con una túnica negro azabache, con dibujos dorados sobre ella, simulando la cota de malla de un soldado y produciendo un exquisito e inigualable efecto de grandeza y elegancia, como un espejismo. Sobre sus hombros, cubriéndolos por completo y sujeta con el broche simbólico del Lord, yacía una capa de un color rojo crocino, que recorría su espalda por entero para caer ligeramente bajo su cadera. Ésta, delgada y ostentosa, contaba con la imagen de un sinsonte bordada en el centro, blanco como la nieve de los jardines.
Todo ello en conjunto otorgaba al delgado un aspecto imperial y solemne como en ninguna otra ocasión.

El hombre reanudó su marcha por los corredores de la fortaleza, subiendo infinitos peldaños y recorriendo inmensos pasillos, todo ello sin encontrar una sola alma que estuviera despierta en ese lugar para verle.

Tras minutos de caminar, por fin comenzó a notar el lamento del viento contra el mármol. A medida que avanzaba, este se hacía más y más fuerte, helando por completo la sangre del hombre en las venas.
Cuando hubo subido los últimos peldaños de la torre, procedió a colocar sus manos sobre las almenas, dejando caer todo el peso de su cansado cuerpo sobre ellas.
Encontrándose en la más alta torre del Nido, levantó la cabeza, y observó lo que muy pocos habían tenido el privilegio de ver: La inmensidad del Valle. La inmensidad de todo lo que había logrado.

En la oscuridad de la noche no era difícil distinguir las fortalezas, castillos y aldeas, todas iluminadas, formando algo parecido a las constelaciones en el cielo, como estrellas solitarias en las sombras.

Miró al este de donde se encontraba, y observó lo que parecía ser Varadero Viejo, aquella aislada aldea que recordaba de las historias de su infancia, hogar de la casa Melcom.
Y a su lado, otro cúmulo de luces aún mayor: Puerto Gaviota. Podía oler la peste que aquel lugar emanaba tan solo con mirarlo. Por fortuna, sus años como administrador de tan sucio lugar tan solo eran pasado.
"Tan solo son pasado" - Repitió para sí mismo, como un ritual. - "Tan solo son pasado."

Petyr Baelish siguió girando en lo alto de la torre, observando ahora la región al sur. Las luces que invadían la noche en esta zona eran mucho más brillantes. La más cercana era la Puerta de la Sangre. Recordaba que de pequeño aquel le parecía un sitio brillante y magnífico, como de cuento de caballerías. Recordaba prometerle a Catelyn cada día su propia puerta, por donde solo podría pasar ella y los que la joven decidiera. Las puertas de su reino.
Y de nuevo, repitió susurrando "Tan solo es pasado".
Entonces miró hacia el oeste… y no vió nada. En aquella dirección, lejano en la distancia y resguardado por la noche, se encontraba el castillo que una vez llamara hogar: Aguasdulces.
Cerró los ojos: No quería ver nada de aquel lugar, nada en absoluto.
Respiró varias veces con suma calma, antes de volver a abrirlos.
Cuando lo hizo, la oscuridad y solo la oscuridad seguía ahí. Como protegiéndolo de su pasado.
No habló esta vez, no pronunció las palabras. En el fondo de su corazón, sabía que aquello no era solo pasado. Nunca lo había sido y nunca lo sería.

Suspiró de nuevo y siguió girando en la torre, observando ahora hacia el norte.
Y de nuevo, no pudo ver nada.
Y de nuevo, cerró los ojos y suspiró con calma.
Cuando los abrió, agudizó la vista: Solo oscuridad.
Hasta que, de pronto, entre las sombras, una luz tenue apareció, una sola. Petyr sabía que la luz no era cierta, que era imposible ver tan diminuto resplandor desde tan lejos.
Pero aún así lo veía: Su hogar, en Los Dedos. Aquel lugar donde nació y se crió los años más tempranos de su vida.
Apenas guardaba recuerdos de ese lugar.
Recordaba el titán de Braavos ondeando sobre el torreón que fue su casa.
Recordaba jugar a la orilla del mar, a tan solo unos metros del torreón junto a su padre, mientras las pocas doncellas lavaban la ropa y hacían sus tareas al aire libre.
Hacía más de dos años que había estado allí, pero parecía como si aquella ocasión nunca hubiera existido, como si la última vez que visitara aquel lugar hubiera sido tras la humillante pelea con Brandon Stark. Al evocar ese nombre, susurró: "Es solo pasado."

Volvió a cerrar los ojos y, en lo que parecieron horas, pensó. Pensó en todo lo que había hecho y todo lo que había dejado sin hacer, lo mucho que aún le faltaba.
Sus pensamientos fueron interrumpidos por sus emociones, que le gritaban desde dentro. Le consumían. Le incitaban a hacer algo que sabía que la lógica y la razón jamás le permitirían.

Y aún así lo hizo.

Corriendo, tratando de que sus pasos hicieran más ruido que sus pensamientos, que golpeaban el interior de su cabeza como un preso tratando de salir de su jaula, rogando clemencia.
Finalmente, tras mucho correr como no había corrido en años, llegó a los establos, donde se encontraba un guardia solitario.
Jadeando, le habló.

- Decidle a la señora que he de llevarme el caballo para un asunto urgente. Decídselo cuando amanezca. - El caballero, obediente, asintió. - Y reúne a 5 hombres, quiero que estén armados y sobre sus caballos antes de que salga el sol, en la puerta. No necesitaremos provisiones.

Sin esperar respuesta alguna por parte del incrédulo guardia, montó sobre su caballo propio, blanco como el sinsonte de su capa y recio como las montañas que cubrían la zona, y lo llevó a la entrada de la fortaleza. Y allí esperó, paciente, ignorando como nunca antes a la voz de la sabiduría y la estrategia.
Aquella no era noche para ser razonable.
Los caballeros que habrían de seguirle no tardaron más que unos pocos minutos en llegar, a lomos de caballos negros y marrones, con espadas en sus cinturones y el escudo azul con el águila blanca de Arryn sobre la espalda.
En sus manos, dos estandartes, también con los símbolos de la casa Arryn.

Sin mediar palabra, Petyr azuzó su caballo y comenzó a galopar con los otros a su espalda.
La noche les envolvía a los 6, y la luz de las antorchas que portaban iluminaba sus figuras, haciéndolas siniestras y misteriosas.
La roja capa de Lord Baelish ondeaba al viento a medida que el caballo sobre el que cabalgaba desafiaba a la naturaleza misma, desafiaba al viento y desafiaba la peligrosidad de los riscos y las montañas.

Cabalgaron hacia el norte durante toda la noche y toda la mañana. Después, se detuvieron a comer en una posada. Tras esto, continuaron cabalgando hacia el noreste, hasta que por fin, con las últimas luces del día, llegaron a su destino. Tras un día de viaje, Petyr había perdido a 3 de sus guardias. Los dos primeros murieron en una emboscada de los clanes, y el tercero tuvo que ser abandonado en mitad del camino, pues su caballo no fue capaz de aguantar un galope tan exhaustivo.
Y aún así, Petyr no pronunció ni una sola palabra, en ningún momento, al igual que los caballeros no se dirigieron a él. Cualesquiera que fueran sus motivos para el silencio, los respetaban.
El menudo le hizo una señal a ambos guardias para que se fueran a la aldea más cercana. A pesar de las dudas, lo hicieron, dejando a Petyr completamente solo junto a una enorme piedra.
Cuando se hubieron ido, comenzó a caminar por el camino de tierra, escuchando el mar en la distancia. Lo escuchaba golpear contra las rocas. Podía olerlo y podía verlo, aún si no estaba frente a él.

Respiró hondo de nuevo antes de dar el último paso, girando en la última curva que el camino de tierra presentaba, para desembocar entonces en un camino adoquinado, desgastado por el clima y el tiempo.
Y frente a él, el torreón.
El torreón que fue su hogar, exactamente como lo recordaba
El pequeño castillo era redondo y ancho, construido con bloques de piedra, ahora negra por el paso de los años y la falta de cuidado. En lo alto ondeaba al viento de la costa el estandarte de su casa, el campo de sinsontes sobre fondo verde que tan cuidadosamente había elegido.
Y en las ventanas, la luz del fuego resplandecía tenue, abrigando a los pocos habitantes que quedaban en aquel decrépito torreón.

Nadie le vió llegar, nadie le esperaba. Llamó con fuerza a la puerta del lugar, hecha de una madera que ahora estaba casi podrida, como el torreón en si mismo.
La puerta se abrió, dejando entrever a una mujer de anchas caderas y avanzada edad.

- ¿Grisel? - Dijo Petyr, con una media sonrisa dibujada en el rostro.

La mujer, incrédula, solo supo abrir la boca durante unos instantes.

- Mi… mi señor. No os esperábamos aquí. - Respondió finalmente.
- Yo tampoco pensaba venir, Grisel… pero aquí estoy. Lleva mi caballo al pequeño patio, yo… bueno, me quedaré aquí.

La doncella realizó una reverencia como pudo, y, acto seguido, se marchó.

Petyr, entonces, se dió la vuelta y observó los alrededores. Y el todopoderoso Lord Baelish, que tanto había logrado con su intelecto, notó entonces algo romperse en su interior. Aquello ante lo que se encontraba no podía ser su casa, su hogar.
Los árboles, prácticamente negros como el carbón, ya no tenían las preciosas hojas que recordaba de cuando era niño. Tampoco crecía ya la hierba en el borde del acantilado, ni la flora recorría el contorno del torreón como antaño.
No, aquel ya no era el lugar que recordaba. Y lo cierto es que sabía bien que llevaba mucho tiempo sin serlo.

De nuevo, como la noche anterior, cerró sus ojos y tomó aire.

Después, liberó sus pulmones y gritó, gritó como no había gritado en muchísimos años.
Le gritó al mar, a los árboles, a Lysa Arryn, a Catelyn Tully y a Brandon Stark.
Le gritó a los dioses en los que no creía, le gritó a Sansa Stark y a Cersei Lannister,
le gritó a lord Hoster Tully, a Jaehaerys II y a todos los nobles de Poniente. Pero, sobre todo, se gritó a sí mismo.
Se gritó con la furia de un loco y con la fuerza de un salvaje.
Al fin y al cabo eso es todo lo que era, ¿no? - Se preguntó - Un loco y un salvaje. Un asesino, sediento de poder y de sangre.

Era maldita escoria. Tanta gente se lo había repetido a lo largo de su vida que en ese momento, solo, en la desesperación de su pasado, empezó a preguntarse si aquello era cierto. Que había perdido la cabeza. Que no era más que un niño estúpido jugando a ser un rey.
Y entonces… recordó las palabras de su padre, pronunciadas en esa misma torre el mismo día que regresó de Aguasdulces, humillado por Brandon Stark y expulsado por Lord Hoster, furioso ante el embarazo de Lysa:

“No eres más que un niño tonto y arrogante que no entiende el mundo ni sus reglas. Ninguna mujer noble se casará jamás contigo” - Le dijo, inclemente. - “Eres un Baelish, no significas nada para ellos, y mucho menos pienses que ninguno te tendrá jamás aprecio” - Las palabras que escupía su furioso padre eran un veneno que aún muchos años después circulaba por sus venas. - “Tenías una oportunidad, una sola… y lo único que has logrado es humillarnos” - Concluyó el aquel entonces Ser Baelish, antes de abofetearle con su mano envuelta en cuero, abatiéndole y dejándole tirado en el suelo, desamparado y sangrando.
Ese día sería el último en que Petyr Baelish derramara una sola lágrima por los juegos de nobles y grandes señores. Nunca más volvería a jugar con las reglas de otros. Nunca más.
Y ahí estaba el todopoderoso Lord Baelish, de pie sobre el mismo lugar donde su padre le había derribado, mental y físicamente, hacía exactamente 25 años esa misma noche, erguido, pero a la vez llorando en el suelo, desamparado como aquel niño de 10 años.

Y de la misma forma que había recordado todo aquello, roto, se introdujo en el pequeño patio custodiado por la torre y agarró una de las antorchas de la pared, llevándola consigo. Rodeó el cerco y salió, llegando a la zona más alta del risco, quedándose al borde del precipicio.
Miró hacia abajo y vio el reflejo de la luna en las olas, que chocaban con fuerza contra la roca, salpicando al hombre y erosionando el terreno bajo la torre, que cada vez se encontraba más y más cerca del mar, amenazando por derrumbarse ante las furiosas acometidas de las aguas.

Se dio la vuelta tras unos instante, bamboleándose la llama que sostenía y se alejó unos pocos más de la torre, hacia un pequeño área vallada, de no más de 6 pies de ancho y 4 de largo.
Entró en silencio, y con el mismo silencio se agachó, acercando la antorcha a lo que en ese suelo yacía.
Con el corazón en un puño, observó la existencia de 6 lápidas en ese cubículo. Tan solo 6, toda la familia Baelish allí enterrada, a excepción de él.
“Baelish // Braavos - Los Dedos // Muerte natural”, enterrado junto a su mujer, el primer Baelish en Poniente.
“Ser Baelish // Los Dedos // Muerto en combate”, enterrado también junto a su mujer, el primer caballero de la familia.

Al llegar a la siguiente tumba, se detuvo por unos instantes, preparándose para ello. Finalmente, alumbró la inscripción en ella.

“Ser Baelish // Los Dedos // Disentería”

Se quedó observando esa última palabra, la inscripción mortal de la enfermedad que se lo llevó. Recordaba perfectamente sus últimos días de vida.
Tras regresar él de Aguasdulces, su padre enfermó. El hombre pasó los días desde el regreso del joven Baelish en cama, todos y cada uno de ellos. No comía y no bebía y no recibía más visitas que la de su esposa, la madre de Petyr, Alayne.
Recordaba escuchar a su madre llorar durante las 12 noches que el hombre estuvo en cama. 12 días en los que Alayne lloró y lloró como nunca antes, abrazada a su hijo.
Pero él, por primera vez en su vida, no sucumbió a los remordimientos, no cayó en la pena de ver cómo su padre moría de decepción, de disgusto.
Cada día y cada noche que su madre lloraba en su hombro trataba de esquivar una frase que le perseguiría durante mucho, mucho tiempo: "Tú lo estás matando, tú lo has matado"
Lord Hoster Tully jamás vino a visitarlo, y aquello no hizo más que ahondar en el disgusto de su padre, que veía como la casa que su abuelo había fundado se caía por culpa de un niño idiota.
La última noche, Petyr se acercó a la habitación en la que estaba su padre y llamó, temeroso. No obtuvo respuesta.
Tratando de contener las lágrimas que se agolpaban en sus ojos, volvió a llamar, y esta vez sí obtuvo respuesta.
"'¡Largo de aquí!" - Gritaba la voz de su padre desde el interior - "¡Yo no tengo ningún hijo, me escuchas, ninguno!"
Aquellas fueron las últimas palabras que escuchara jamás de su padre.

Y allí, Lord Petyr Baelish, apretó los puños en la tierra, de rodillas frente a la tumba de aquel hombre que fuera su padre. Aquel hombre con el que jugara a orillas del mar. Aquel hombre que había asegurado su futuro en Aguasdulces. Aquel hombre al que había matado.

Dejando la antorcha sobre la piedra, levantó la cabeza hacia el cielo, observando las estrellas y la luna fijadas en el oscuro firmamento.

"¿¡Estás orgulloso ahora!?" - Gritó al cielo, inquisitivo - "¿¡Estás orgulloso ahora de tu hijo, ese que jamás honró a la casa Baelish, ese que lo echó todo a perder?! - Continuó gritando, iracundo, al volver a recordar las palabras de su padre.
Se preguntaba qué pensaría el honorable Ser Baelish de todo lo que había conseguido. De todo lo que había logrado sin tener un maldito apellido, siendo un niño sin casa y sin padre. Se preguntaba si el orgulloso Ser Baelish seguiría sin considerarle su hijo.
Pero eso ya le daba igual. Él no tenía padre, ni casa, ni familia. Su padre estaba muerto y enterrado, y él se sentaba en Harrenhal y en el Nido de Águilas, en Desembarco. Él había logrado más que tres generaciones juntas de su familia.
Ya daba igual lo que pensara su difunto padre, muerto de orgullo, llevado por una enfermedad tras días sin comer. "Murió sufriendo en silencio, como merecía" - Pensó.

Respiró hondo y se giró, aún sobre sus rodillas, para ver la lápida bajo la que yacía su madre. "Alayne Baelish // Muerte natural."

Al leer la inscripción, la ira no hizo más que aumentar. Había visto llorar a su madre más veces de las que la había visto reir. Cuando su padre murió, ella no volvió a ser la misma,

nunca. Las risas de cuando era más pequeño fueron sustituidas por un llanto incesante cada noche. Los abrazos alegres con su hijo se convirtieron en abrazos tristes, de desconsuelo y desamparo.
Pero ella jamás culpó a Petyr de nada. Ella jamás le dijo una mala palabra a su querido hijo. Ella tan solo lloraba y sufría en silencio, y cada noche, abrazada a su hijo, se repetían el uno al otro "Nunca más". Pero siempre volvía, la pena siempre volvía a por Alayne Baelish.
Pasaron 3 años de llanto y dolor incesante, en los que su madre solo se mantenía con vida para cuidar de su hijo, para protegerlo y quererlo como no lo había hecho su padre.
3 años hasta que sus ojos se secaron por completo y la vida se escapó de sus entrañas, cansada de sufrir, cansada de llorar.
3 años en los que Petyr Baelish se mantuvo aferrado a su madre, desconsolado por el dolor, la pena y el arrepentimiento. "Nunca más" - Susurró en su oído, justo antes de que la muerte se llevara todo el sufrimiento y el llanto. "Nunca más"
Y Petyr Baelish lloró, lloró como el niño que era al ver partir a su madre.
Fue entonces cuando supo que no había dioses, que no había nada más que crueldad en el mundo. Fue entonces cuando verdaderamente se dio cuenta de que lo único que les esperaba a todos era el sufrimiento.
Y Petyr Baelish lloró la muerte de su madre durante dos días y tres noches, desconsolado y roto.
Pero cuando aquellos días de llanto pasaron, él ya no era Petyr Baelish. Él ya no era el niño que había perdido a su madre y que había sido humillado por su padre, él ya no era un niño.
Y ese día, fue el día en que descubrió que nada de aquello había sido su culpa, sino de los muchos hombres con grandes apellidos que había en el mundo. Culpa de Lord Hoster Tully, culpa de Brandon Stark y de Catelyn Tully, culpa de todos aquellos que le miraban por encima del hombro, con arrogancia y desprecio.
Y ese mismo día decidió que nunca más volvería a caer en sus trampas, que nunca más volvería a ser débil ni clemente para con aquellos que le habían causado tanto dolor a él y a su madre. Que nunca más volvería a ser quién era.

Con lágrimas en los ojos, pero sin derramar ni una sola de ellas, Lord Baelish se desabrochó la capa roja con el sinsonte bordado, retirando antes su broche.
Con suma delicadeza y una amarga y pesarosa sonrisa en su rostro, depositó dicha tela sobre la tumba, fijándola como pudo con su propio broche.
"Lo siento mucho" - Pronunció susurrando, como si madre pudiera escucharle. Después, besó la lápida con los labios secos por la emoción. - "No merecías nada de aquello, espero que estés orgullosa de todo lo que he logrado, yo siempre he estado orgulloso de ti" - Tras decir esto, se levantó, pronunciando una última palabra: "Gracias"

Entonces, comenzó a andar, dejando todo aquello atrás. Tras atravesar las puertas del torreón y sin avisar a nadie, Meñique se secó las lágrimas que se habían agolpado en sus ojos y montó sobre su caballo blanco.

Y Meñique cabalgó a toda velocidad, alejándose de aquel ruinoso sitio que era su pasado, abandonándolo, dejando que las olas se llevaran poco a poco aquel lugar a las profundidades, enterrándolo a su espalda para siempre.